

se separa de su compañía y se libra de su tirano cruel; y en el segundo, se rompe el vínculo en lo absoluto y queda libre para siempre.

La monja no es así: si no tiene un derecho muy claro para anular la profesión y dinero suficiente para dirigir á Roma su negocio, lo que no se facilita sino de tarde en tarde, bien puede creer que no tiene remedio si no es á costa de su vida, que es lo mismo que no tenerlo.

No por eso se crea que yo pretendo malquistar el estado religioso. Estoy muy lejos de tal extravagancia. A nadie, ni á mi propia hija, disuadiré en ningún tiempo de que sea monja. Sé que el Santo Concilio excomulga igualmente á los que violentan ó persuaden á las mujeres á ser monjas, como á los que, sin justa causa, impidieren de algún modo el santo deseo que tengan de tomar el hábito ó de hacer la profesión las vírgenes ú otras mujeres; pero por lo que toca á Pudenciana, la instruiré en lo que es cada estado y cuáles son sus respectivos deberes; le diré que en la casa del Padre celestial hay muchas habitaciones; que son diversos los caminos por donde el Señor llama á sus siervos; que lo más perfecto es lo mejor, pero no lo más seguro para todos, y según esto, el estado de castidad es el mejor en lo general; pero si prudentemente considera que no lo puede observar como se debe, mejor es que se case. Este es el consejo del Apóstol: «Más vale casarse que abrasarse.»

Aquí concluyó su discurso el coronel, y Pudenciana lo escuchó con bastante atención, que era lo que su padre pretendía. El eclesiástico apoyó, como era regular, la solidez de sus razones, y después de haber acabado de comer, nos levantamos de la mesa.

Pocos días después, estando doña Matilde sentada en el estrado haciendo una labor con Pudenciana, se levantó ésta á buscar no sé qué cosa, y al volver dijo su madre:

—¡Qué larga se va poniendo esta muchacha!

El coronel tomó de estas palabras ocasión para dar una oportuna leccioncita á Pudenciana, diciéndole:

—En efecto, hija, ya estás bien grande. El tamaño de tu cuerpo señala tus años y me avisa que debo ya darte las instrucciones correspondientes á tu edad. Jamás me has hablado de monjío ni yo exigiré de tí tal cosa. Has presenciado la historia de Carlota y me oíste discurrir el otro día acerca de la perfección que se requiere para profesar en la vida religiosa. Si ésta no es de tu vocación, no hayas miedo que yo te la persuada; pero si lo es, concurriré con mucho gusto al logro de tus santos deseos. Conque ¿qué dices? ¿quieres ser monja?

—Hasta, ahora, papá, la verdad no lo pienso, respondió Pudenciana.

Y prosiguió su padre:

—Pues eso es lo que me agrada, que me hables la

verdad. Pero supuesto que no quieres ser monja, tal vez te agradará el matrimonio, ¿no es así? Vamos, no te pongas colorada; no hay para qué. El matrimonio es un sacramento santificado por el mismo Jesucristo. En él se puede servir á Dios como en cualquier otro estado elegido con verdadera vocación, y si la tuya es para el matrimonio, yo contribuiré al logro de tus deseos, pues pueden ser tan santos como los de entrar en la religión más perfecta, si se reducen á servir á Dios en ese estado; mas pará que seas buena casada, es preciso que sepas qué cosa es el matrimonio y cómo te has de manejar para contraerlo; cuáles son las obligaciones que impone, y cómo las ha de desempeñar una mujer cristiana.

Pero antes, hija mía, te voy á dar un consejo muy útil, de cuya observancia depende toda tu felicidad. «Ahora que tu infancia ha pasado, no nos mires solamente como tus padres, sino como tus más antiguos, tus más fieles y mejores amigos, á quienes ciertamente la vida es menos apreciable que tu bienestar, á quienes no les falta experiencia ni los conocimientos necesarios para darte en cada ocasión los mejores consejos.

Con este convencimiento, abre tu corazón á tu padre y á tu madre sin ninguna reserva; deposita en nuestro seno todos tus pensamientos, tus sentimientos, tus deseos; nada nos ocultes, ni aun tus faltas y flaquezas, bien persuadida de que nunca abusaremos de tu con-

fianza filial, que nunca contestaremos á tu franqueza con amargura ni severidad, sino siempre con una ternura verdaderamente paternal, y que dirigiremos tus pasos con tanta bondad como celo.»¹ ¿Has entendido, hija?

—Sí, papá.

—Creo que no me has entendido bien. Te lo diré más claro. Ya tienes quince años ó cerca de ellos, posees algunas habilidades que te recomiendan, y si no tienes una hermosura peregrina, á lo menos tu cara no carece de gracia y atractivo. Debo también advertirte, que vas á entrar en un mundo nuevo que no conoces, y así es necesario que te ponga el farol en la mano para que no tropieces entre sus innumerables precipicios.

Ya no eres la misma que ahora tres años. Tu naturaleza te lo avisa. El movimiento de la naturaleza influye mucho en tu estado actual, y de las novedades que siente tu cuerpo se debe inferir qué es lo que sentirá tu espíritu.

En efecto, tú te adviertes agitada de unas nuevas inclinaciones, y éstas se aumentarán á proporción de lo que los hombres las fomenten. Sí, hija mía, los hombres, ya seduciendo tu virtud con artificios, ó ya alabando tu mérito con sencillez, procurarán inclinar tu voluntad á su favor. Por todas partes se verá asaltada

¹ El coronel acaso tomó estas palabras de la *Eufemia* del célebre alemán Campé, para persuadir á su hija con la autoridad de este juicioso escritor.

tu inocencia y combatido tu pudor sin advertirlo. Las calles, los zaguanes, los paseos, las casas y los mismos templos, serán para tí otros tantos lugares en que pueda peligrar tu honestidad con los repetidos asaltos que te dará el libertinaje de un corrompido seductor. ¿Y qué deberemos hacer para asegurarte de esos asaltos? Fácil es la respuesta. Tu madre deberá cuidarte sin cesar, yo aconsejarte con prudencia, y tú seguir con mucha docilidad mis consejos.

El primero que te doy es el que ya escuchaste. Míranos, no sólo como á tus padres, sino como á tus mejores amigos y los más interesados en tu bien. En esta inteligencia, deposita en nuestros pechos tu confianza, ábrenos tu corazón, nada nos reserves, ni tus más ocultos pensamientos, satisfecha de que te hemos de atender con dulzura y te hemos de aconsejar con amistad.

Llegará tiempo en que las criadas, el aguador, tus amigas, tus parientas mismas, serán los agentes del que solicite tus favores. ¡Infeliz de tí, si más que de nosotros te fiases de ellos! En tal caso tú pensarás que lisonjean tu gusto y que son acreedores á tu reconocimiento, y engañada con este falso juicio, les descubrirás tus secretos y pondrás en sus manos tu opinión, y entonces adiós honra, adiós crédito, adiós reputación. De boca en boca no quedará uno que ignore tus flaquezas si, lo

que Dios no quiera, tuvieres la desgracia de comerlas.

Pero si reservándote de todo el mundo, te descubrieres únicamente con tus padres, entonces, ¡cuánta será la diferencia! ¡con qué amor no te enseñaré á conocer los artificios de los hombres! ¡cómo me valdré de mi experiencia, dándote lecciones oportunas para que te burles de las asechanzas que te quiera poner un libertino seductor! ¡con qué cuidado te libentaré de los peligros! ¡con qué prolijidad te evitaré las ocasiones que á ellos te puedan inducir! Y si algún día tú llegares á amar algún hombre de bien que te merezca, ¡con cuánto gusto me prestaré á realizar sus intenciones, si éstas fueren unirte con él en el estado santo del matrimonio! ¡Dichosa tú, hija mía, si cooperares por tu parte á que se verifiquen mis deseos! Éstos no son ni pueden ser otros sino los de tu verdadera felicidad. A ella he aspirado toda mi vida, y que seas feliz será mi único conato, hasta que la muerte cierre mis ojos para siempre.

Pudenciana abrazó á su padre y le besó la mano enternecida, dándole las debidas gracias por sus paternales consejos y prometiéndole seguirlos ciegamente, pues estaba convencida de que se encaminaban á su bien.

Entonces el coronel le dió su bendición y la envió á la cocina, diciéndole que quería cenar aquella noche